

DIEGO JOSÉ ABAD, *Disertación joco-seria: Si alguien nacido fuera de Italia puede escribir correctamente el latín, en contra de lo que opina Roberti*. Introducción, traducción y notas de Roberto Heredia Correa, (Colección Textos Novohispanos, 1), Aguascalientes, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2000, XXVI+20+20 pp.

---

**D**iego José Abad, dice Roberto Heredia, “es sin duda uno de los escritores de nuestro siglo XVIII más citados y menos leídos”. Yo añadiría que es, como muchos otros autores, el escritor de una sola obra: *De Deo Deoque Homine Heroica*. Todos hemos oído hablar de este poema; e identificamos a Abad, su autor, como uno de los jesuitas expulsados de México por orden del rey Carlos III en 1767. Lo unimos a otros nombres ilustres: Francisco Xavier Clavigero, Francisco Xavier Alegre, Rafael Landívar, José Rafael Campoy, Agustín Pablo de Castro, etc. Pero debemos saber que con estos cofrades y otros jóvenes jesuitas de la provincia mexicana formó un grupo inquieto y entusiasta que inició una reforma trascendental de los estudios en los colegios de la Compañía. El *cursum philosophicum* que dictó Abad, fue dado a conocer por Bernabé Navarro en 1948; por este autor sabemos que Abad fue uno de los introductores de la filosofía moderna en la Nueva España. Sus escritos sobre temas de teología, matemáticas, geografía y derecho permanecen en la sombra, tal vez en una sombra perpetua. La imprenta salvó del olvido una obrita por muchas razones preciosa: *Dissertatio ludicro-seria. Num possit aliquis extra Italiam natus bene latine scribere*, publicada en Padua en 1778. Es obra única en la literatura mexicana por el tema y el tono, y por las circunstancias de su composición y publicación. Se trata de un ensayo satírico, escrito en latín –la lengua universal de la cultura en aquella época-, compuesto con el propósito de rebatir la opinión de un escritor italiano, quien, en una carta que dio a la luz pública negaba a los extranjeros la capacidad de dominar la lengua latina como podían hacerlo, según él, los italianos.

La contienda era vieja. Se había recrudecido con la presencia de los varios millares de jesuitas expulsos, casi todos latinistas y doctos en

---

diversas disciplinas. En relación con los españoles, la polémica tenía implicaciones particulares por razones históricas y políticas. Abad no intervino en el aspecto específicamente español de la contienda; tomó parte en ella simplemente en calidad de no-italiano. Abad inicia su discurso citando un párrafo de la carta en cuestión:

La preeminencia en escribir latín correctamente es nuestra; y esta gloria debe retenerse diligentemente en Italia y debe ponerse cuidado en que no se desvanezca en el futuro. Los escritos de los extranjeros huelen a cierta "extranjería" que los oídos finos rechazan. A los transalpinos y ultramarinos este disgusto de nuestros oídos parece demasiado soberbio, pues no perciben en qué yerran. Repetidas veces caen en errores o -para hablar más cortésmente y con mayor verdad- en cierta incongruencia de ritmo, en cierta complicación de las frases, y, sobre todo en cierta extravagancia de tropos, mayormente cuando menos lo sospechan. Las palabras son latinas, latinos los adverbios, latinas las partículas, latino a la perfección cada elemento, y, sin embargo, de aquí no resulta un discurso latino.

"La petulancia del italiano", dice Roberto Heredia, interpretando a Abad, "debía reprobarse y humillarse; sus afirmaciones podían fácilmente confundirse, y debían refutarse; pero de ningún modo debían tomarse muy a pecho. Lo primero podía cumplirse por medio de unos párrafos satíricos; lo segundo merecía consideraciones más serias". Así rebate Abad el primer argumento del italiano:

Según el juicio de Roberti ... no te ha sido concedido conocer la lengua latina si tan sólo has nacido fuera de Italia. ¿Así es verdad? Sin embargo, Terencio, Fedro, Quintiliano, Columella (para omitir a muchos otros) nacieron fuera de Italia. Terencio es africano; Fedro, tracio; Quintiliano y Columella, españoles; a menos que parezca otra cosa a los censores. ¿Por consiguiente "los escritos" de Terencio, Fedro, Quintiliano y Columella "huelen a cierta extranjería que los oídos finos rechazan?" Yo, en verdad, rechazo completamente los oídos finos de esta clase.

En el párrafo 10 Abad pregunta por qué, según la opinión de Roberti, sólo a los italianos se ha concedido saber latín, y, en cambio,

esto está vedado a los franceses, belgas, españoles y demás hombres. Abad responde con una sonrisa maliciosa:

Sería para mí motivo de asombro si, porque naciste en Arpino o en Verona, juzgas que se te debe ya, como por cierto derecho hereditario a la divina elocuencia de Cicerón o a la dulzura y sencillez de Catulo. Sería forzoso que tuviésemos tantos Catulos y Cicerones cuantos son los veroneses y los arpinates. Si esto es verdad así, lamento mi desgracia; porque, habiendo vivido ya diez años en Italia, aún no me ha tocado en suerte ver esta dichosísima multitud de Cicerones y Catulos.

Pero finalmente, ¿en qué consiste la “extranjería”? A partir del párrafo 17 Abad reflexiona acerca de este concepto con testimonios de Cicerón y con ayuda de su propia experiencia. Apunta algunas prudentes conclusiones e invita a la moderación y a la reflexión concienzuda en asunto tan difícil de discernir:

Así, pues, toda cuanta es la censura de Roberti en cada una de sus partes, estriba en la unión de las palabras entre sí y en el tenor del estilo y en la construcción de la oración ¡Pero cuán dudoso y resbaladizo y propenso al peligro de error es un juicio de esta índole!... juzgar si la textura y la composición de una oración son latinas, cuando de ningún modo se peca en cada una de las palabras, esto es muy laborioso y muy expuesto a error: porque ya es un juicio sobre el estilo, la belleza y la forma del discurso.

Es bien sabido que José Rafael Campoy fue el hermano mayor y el caudillo de aquel grupo de jóvenes jesuitas. Maneiro lo reitera de diversos modos en sus biografías; y señala su socrática influencia particularmente en la orientación que prodigó a Abad y a Clavigero. Ambos reconocían en él, además de otras virtudes, una sed insaciable de saber, un afán infatigable por buscar la verdad y un carisma de seducción, cualidades que le valieron no pocos sinsabores. Pero, además, Abad -y nadie más a propósito para juzgar de esta capacidad- conoció y atestiguó la maestría de Campoy en la lengua latina (alguna vez lo había propuesto ingenuamente a sus superiores como la persona más adecuada para hacerse cargo de los cursos de latín y retórica en el colegio de

Tepotzotlán). En el párrafo 9 de la *Dissertatio* Abad abre un paréntesis para dedicar a su maestro Campoy, quien acababa de morir, un sentidísimo homenaje de reconocimiento y admiración.

La latinidad de este pequeño texto es genuina y culta; la erudición, rica y bien asimilada, no abruma ni entorpece la lectura; la argumentación está bien trabada; el discurso es fluido y ligero; el espíritu satírico corre por un cauce risueño, sin violencia ni injuria. Todo el texto rebosa agilidad y gracia y una discreta combinación de seriedad y burla. La traducción de Roberto Heredia, exacta y fluida a la vez, permite leer el texto sin embarazo, disfrutarlo y seguirlo sin necesidad de acudir, para aclararla, al texto latino.

**Olga Valdés García**

Facultad de Filosofía y Letras de la  
Universidad Nacional Autónoma de México

